

## RUIZ DE AGUIRRE EN EL EXILIO

*Alberto Elósegui*  
*Periodista*

"No tengo más necesidad de fe que mi fe en los seres humanos".

Pearl S. Buck

Creo que fue Fernando Gonzalo Munárriz el que nos presentó en Caracas:

Ruiz de Aguirre, un famoso escritor y Paul Garat, otro famoso escritor. Nos reímos mucho los tres y allí empezó una gran amistad por sobre ideologías y contra la edad.

Era yo entonces, con ese seudónimo, jefe de la redacción de la revista venezolana *Momento* y él se dedicaba a la construcción. Y a recortar periódicos que tenía que comprar por parejas porque no había, en esos días, fotocopias. Escribía sin embargo poco. El hacía su archivo.

Nos veíamos en el Centro Vasco de "El Paraíso". El era un asceta. La bebida no era para él y fumaba poco o nada. A veces jugaba "chamelo" en las mesas del amplio hall del Centro y ello le distendía. Por esos días era discreto. Dieciocho o veinte años más tarde, en Sabin Etxia de San Juan de Luz, jugaba al mus. El juego le volvió un poco protestante, aunque no blasfemaba ni decía palabras gruesas. Jugando a cartas todos eran iguales.

Hablábamos en Caracas sobre la guerra («la que perdisteis vosotros» -señalaba yo-), sobre mis reportajes en la prensa venezolana en mi larga guerra privada contra Franco, sobre los artículos de "Tellagorri" en *Euzko-Gaztedi* de Caracas. El me respetaba y en cuanto a lo de perder la guerra no se ofuscaba, pero respondía con contundencia cosas como «qué habríais hecho vosotros, los de la nueva generación que no sabeis nada, etc.». La sangre nunca llegó al río. Además sabíamos que él estaba mucho más al corriente que todos nosotros sobre la guerra, cosa que demostró con sus escritos, en especial con *Historia General de la Guerra Civil en Euskadi*.

Su aventura estaba salpicada por agua de muchos mares e iluminada por sol de muchos cielos. El no sabía que yo tenía algunos de sus primeros escritos y en

su primer artículo, fechado en Buenos Aires el 10 de diciembre de 1940. Era de un *Euzko-Deya* ya amarillento, iba firmado por su seudónimo "Sancho de Beurko", inspirado en el conocido barrio baracaldés. Porque había nacido en Baracaldo, el 18 de noviembre de 1908. A los veintipico, en la pre-guerra, había llegado a ser presidente de la Junta Municipal de ANV de Baracaldo.

Su pasado era su pasado. Apenas le gustaba hablar de él como no fuera del tiempo de la guerra. El mismo se describió una vez «torturado nuevamente por las escenas de la guerra que llevo pegadas a la memoria como una estampilla» (sello postal en Venezuela).

### Su mundo privado

No es casualidad que su primera obra *Gudaris* tuviera ese título y la gloria de ser la primera en su género en toda América. A ella no pude contribuir -sino con mis críticas posteriores- ya que llegué a Caracas cuando ya la estaba gestando y a él no le conocía. Torturado yo también por la guerra -como lo estuvo la generación que siguió y que la vivió en sus padres- y afectado por ella en un exilio que no quise, es posible que Luis me aceptara tan bien por eso.

Pronto pude entrar en su mundo privado cuando me habló de Aguirre y me mostró su designación como Comisario General de Guerra del Ejército de Euzkadi firmado por el lehendakari Aguirre.

Nuestra colaboración: él suministrándome datos y yo suministrándole las técnicas de impresión y el *modus operandi* de un jefe de redacción en que estaba interesado. Era todo lo que podía intercambiar con aquel hombre reservado, callado, un poco "xomorro", circunspecto pero no tortuoso.

En conversación con algunos de sus compañeros de ANV supe que había llegado a Venezuela procedente de Colombia en 1940, probablemente en el "Flandre" o en el "Bretagne". Su primer trabajo fue el de artesano en una herrería propia, quizá recordando a los viejos ferrones vascos. Su socio era su primo Pérez de Aguirre. Conoció el primer Centro Vasco, situado entre las esquinas de Velázquez a Cipreses nº 9, inaugurado en 1942, el día de Aberri Eguna. Las primeras reuniones las sostuvieron en el bar "Santa Capilla", donde él ayudó a redactar los estatutos.

A los tres meses, el lugar se hacía estrecho para su centenar crecido de socios y se encontró un local adecuado de Balconcito a Truco, donde, además, había la probabilidad de construir un frontón y en éste también anduvo metido con su seriedad y sapiencia, nuestro Luis.

### Nace "Sancho de Beurko"

Su primer artículo en el exilio, venía con una fotografía suya. Era toda una página de *Euzko-Deya* y de allí a cuatro o cinco años se lo regalé cuando vi que le interesaba, aunque no tanto como su nombramiento de Comisario. El había de retratarse como hormiga humana en ese terreno de archivero amateur en el prólogo de *Vascos por el Mundo*: «Desde hace algunos años he ido acumulando datos, documentos, narracio-

nes, sobre ciertos hechos ocurridos a algunos vascos, con la intención de darlos a conocer».

Por supuesto yo no era el que se hubiera opuesto a que publicara algo y tampoco él me daba a conocer todos sus originales. Una vez le pregunté por qué no dejaba la construcción para dedicarse al periodismo activo. Pero antes le había comentado los problemas que García Márquez, Plinio Mendoza y yo enfrentábamos con la dirección. «Ese mundo es para fieras -me dijo-. Déjame tranquilo con mis escritos».

Desde su primer artículo estuvo presente Simón Bolívar. Cuando murió, tenía el proyecto como presidente de la Sociedad Bolivariana que era, de montar una Pastoral - como las del escritor Chaho u otras que se han montado en Euskadi Norte- y ya movía sus peones para ello. En su primer escrito de 1940 decía lo siguiente: «Aquí donde Bolívar nació llegamos 1.010 vascos recordando aquellas palabras que Elena Baresco pronunció en la Sociedad de Naciones traduciendo el vasco apellido de Bolívar como... "tierra de molinos". Molinos que supieron moler el trigo de la gloria para dar paso a la libertad y luego conocemos algo de la historia de este país, más que en los libros por boca de los mismos venezolanos».

La situación de los vascos era precaria y la de Luis en aquellos días también. Pero él era de los que echaban corazón al asunto.

Su extraña habilidad con las manos que le hizo triunfar como ferrón en Venezuela -en los primeros días- la había probado en la preguerra en un hecho que comentaba ante quien quisiera oírle. El fue quien realizó el despiece de la locomotora "Santa Fe" que la Compañía Euskalduna realizaba al comenzar la década de los años 30. Entonces combinaba él su celo aeneuvista con el cargo de Ayudante del Responsable de Talleres, al que sacó muchas veces de atolladeros técnicos.

De esa habilidad con las manos me ha dejado constancia un íntimo amigo suyo que cuenta lo siguiente: «nos hallábamos en un camino cercano a un lugar semiselvático. Charlábamos sin preocupación alguna, cuando Luis me tocó el brazo y me dijo imperiosamente: "¡Quieto!". Se movió como un felino, cogió una piedra y la lanzó hacia delante con fuerza. La culebra, posiblemente venenosa, cayó fulminada. La piedra le había acertado en la cabeza y nadie cree eso de que la cabeza de la culebra es la que va a la piedra y no viceversa».

Luis conocía a fondo el país. Sé que tuvo algún interés y colaboró con la Compañía Concreto, que fundó Mardones con José Abásolo, Antxón Larrañaga y Lizarralde. Se dedicaron a la construcción. Pero antes había estado largo tiempo en el interior de Venezuela y sabía describir casi fotográficamente los puertos del Caribe, el Orinoco "casi sin curvas" y había estado tiempo en San Félix, Ciudad Bolívar, San Cristóbal, el Cáróni, las tierras de Coro y Falcón.

## **Hombre de izquierda**

Una vez me dijo que había tenido las 40 enfermedades que se pueden tener en la selva, desde la malaria hasta la amibiasis, pero si eso era cierto las había soportado muy bien porque era fuerte como la proa de uno de sus veleros de fábula y es difícil saber si había estado o no en el origen del intento de colonizar la Gran Sabana según lo dejó escrito.

Tuvo un enorme disgusto con la muerte de su primo Pérez de Aguirre. Fue un golpe doloroso para él.

«El conservador es hombre del pasado: defiende lo que es el hombre por lo que ha sido. Tiene miedo al futuro porque es un ladrón que lo despojará de los bienes que conserva del pasado. Para el hombre de izquierda, la abstracción es sólo una palabra: opone a las formas -civilización, nación, bloques- unos individuos vivos. Para él la Masa son millones de oprimidos de carne y hueso y no un espantoso ídolo». El hombre para él eran los hombres. También un lector atento puede descubrir esa filosofía en sus escritos. Era un hombre de izquierda.

No discutíamos en general de esas cosas, pero era indudable, al menos para mí, que su único futuro eran los hombres, que después de esta vida no hay nada y que no creía en nuestra resurrección.

Es por eso que respetando las creencias de los demás veía su pasado en función de un futuro vital y del futuro de todos los hombres, en especial del hombre vasco. Y muchas de sus laboriosas investigaciones sobre la guerra civil tenían ese único sentido. En algunos momentos al ver que yo asentía en lo que decía a no ser que tocara principios vitales -en cuyo caso tampoco le oponía gran cosa-, me decía: «¿Para eso nos escindimos del PNV antes de la guerra? Y ahora vienes tú con el cuento de que sois exactamente igual que nosotros, pero resulta que no estais en ANV?. No entiendo un carrizo».

Las discusiones no llegaban lejos. Cuando venía el momento que para otros hubiera supuesto la ruptura, alguno de los dos cedía. Rara vez le podía hacer un verdadero favor en el tema de la Guerra Civil, pero éste sí fue uno: Cuando íbamos a traducir *El Arbol de Guernica*, de George L. Steer, que alguien había traducido para él de la misma forma que un tratado de física (difícil de entender), me preguntó si siendo Steer corresponsal del periódico *Times* que defendía el conservadurismo y las derechas, podía haber tratado bien a los de ANV, a sus batallones. Yo le dije: «cuando lleguemos a esas páginas te las enseñaré». Quedó atónito al ver después que ANV, a pesar de tener muchos menos batallones en liza que el PNV e incluso que los socialistas, aparecía en la obra igualado a veces incluso a éstos. Y se quedó contento.

El quería publicar una foto de un batallón de ANV en el libro. Me llevó a su casa en Las Mercedes y me dio un montón de fotos muy buenas. Su alegría fue grande cuando salió el libro y en la p. 139 aparecía él saludando, junto a su gran amigo, el comandante Goitia, a una bandera de su unidad. Nos compró un montón de libros. Estaba emocionado como un niño.

## Con los curas de Ocumare

Siendo como era agnóstico y lo fue hasta el último momento de su vida, puedo decir que no era un ateo militante como los que suele haber por ahí. Era un hombre de gran tolerancia. No dudaba en acudir donde le llamaban si era para ayudar. Y así en el año 1959 resultó que los curas de la Misión de los Ríos -que llegaron a América enviados por las diócesis vascas, primero a Ecuador- querían un nuevo territorio pastoral en Venezuela. También se habían extendido a Brasil y Angola.

El párroco de Ocumare del Tuy estableció contacto con Luis para llevar adelante el proyecto trazado por algunos ingenieros y arquitectos vascos (incluido algún sobrino del lehendakari Leizaola). Y Luis coordinó los trabajos en apoyo al párroco y guiando a los maestros de obras.

Cuando se le llamó Luis respondió que él había terminado ya su labor empresarial profesional en Venezuela y que tenía tiempo para ayudar a los curas lo lejos que fuera necesario. Y así, sin cobrarles un duro, se impuso ir hasta Ocumare del Tuy, 200 Kms. ida y vuelta, todas las semanas lunes o miércoles, en todo el período de la construcción que duró dos años. Sus colaboradores dijeron que era muy entendido, muy intuitivo y se le notaba clase para conducir a los hombres bajo su mando. Es decir, que era un buen comisario también en tiempos de paz. Aunque confesaba no estar graduado, sus conocimientos se situaban a nivel de ingeniero.

Al mediodía se celebraba una comida en la casa rural, con animada charla, recuerdos, bromas y chistes en los que él era el eje. Durante dos o tres horas se hablaba y de ahí nació entre aquel ateo y aquellos clérigos, que tenían mucho en común con él (el ser vascos), una sincera amistad. Eso siguió a través del tiempo e hizo que uno de ellos, Antonio Mendiluce, que salió del sacerdocio y vive en Donosti, fuera una pieza fundamental en el pequeño equipo que formamos entre todos para ayudar a Luis a cruzar la última frontera.

Para crearle polos de atención a los que les diera vueltas durante el día y la noche en lugar de pensar en los dolores de la radioterapia, yo inventaba cosas todos los días. Un día le dije:

- ¿Te gustaría que viniera a visitarte el lehendakari viejo?
- Mucho -me contestó-.

Yo bajé a la recepción, llamé al lehendakari y le pregunté si no le importaba venir a verle al Oncológico. El no sabía nada de la enfermedad y me contestó que no sólo una vez sino todas las que hiciera falta. Era el 14 de marzo y quedamos en que yo iría a buscarle a su casa de la calle Pío Baroja en un taxi el día 17 a las tres de la tarde.

Pero el 16, Leizaola estaba muerto. Y yo le tuve que dar la mala noticia a Luis, porque se hubiera enterado. Quedó desconsolado.

Al poco recibió el telegrama del lehendakari Ardanza que alguien le pidió (que no nosotros). Y Luis lo enseñaba con aire de satisfacción a los que venían de visita.

Todo esto es para ilustrar cuán fiel seguía siendo tanto al recuerdo del exilio como a su vida anterior... a la enfermedad. Si en la diáspora amó una cosa, la siguió amando hasta el día de su muerte. Fue un hombre leal.

## **Sus hobbies y sus amigos**

Uno de sus hobbies era el mar. Tenía una especie de txabola en la costa venezolana, en Morrocoy. E invitaba para el fin de semana, al principio a los curas a los que había ayudado y luego a los que quisieran ir con él. Se colgaba un chinchorro, hamacas y camas turcas, y allí podían convivir cuatro o seis personas, muchas veces de las más variadas extracciones, todos vascos, en la fraternidad en la que el Hermano Mayor, en todos los conceptos, era Luis.

Por eso dice en su libro «cuando los vascos llegaron a Morrocoy hicieron que se convirtiera en lo que es hoy: el lugar más concurrido y violentamente desarrollado para el turismo doméstico».

El tenía una lancha con motor fuera de borda que manejaba con gran habilidad con ayuda de los criollos Lugo y Soto, «que llegaron a estos parajes años atrás».

El lugar le encantaba, como toda la geografía venezolana. "Étxezar" era su vieja casa de madera levantada sobre pilotes encima de la bahía de Morrocoy, pero pegada a tierra, esperando a que los juncos que plantó Juantxo dieran buena sombra. Esa era su casa y la de sus amigos.

¿Qué pescaban? Pues, sobre todo, langostas, que ponía Luis a cocer y las tomaban con ron a pico y con whisky pero no con agua. Luego fueron entrando otros como Luisito Zubía, un aeneuvista a quien vi en el funeral de Luis, y muchos de EGI como Juantxo (el pastelero), gran amigo mío, y Mendi, también eguitarra. Uno de los habituales me ha dicho que se hablaba del cielo y de la tierra, faroladas de Luis a punta de manta sobre la guerra, literatura, cosas del centro y futuros proyectos (por parte de Luis) que se mostraba en esos momentos como un personaje casi barojiano, soñador, generoso y a veces quimérico.

### El patriota que era

Su tipo de patriotismo no consistía en odiar a las demás naciones. Amó los países por los que pasó. No hay que decirlo siquiera respecto a Venezuela, cuyo pasaporte conservó hasta el último momento, sino por ejemplo Colombia, como la otra patria del Libertador, y Trinidad y Tobago. «A cualquier parte donde pueda ser útil el vasco -decía en 1940- irá aunque el sol achicharre, irá mirando absorto el llano y las montañas, caminos y pueblos».

La poesía era en el fondo no una expresión de su personalidad sino un escape de sus problemas. Un año antes de morir, cuando todavía vivía en la Villa Gochoki (San Juan de Luz), me invitaba a escribir poesía y yo le contestaba que el lío de la rima atrofiaba mi vena y que el que quisiera tomara mi prosa por poesía. Le decía «tú eres hombre de números y yo no». El me comentaba que en los momentos más tensos una forma de aflojar y dar suelta a su espíritu era la poesía. Pero esos días se encontraba más bajo que nunca: «yo no sé que tengo», me decía. Y creo que esa aprensión era una especie de premonición respecto a su mal incurable.

Teníamos una causa en común: los indios maquiritares en el Alto Caura. Quizá porque un amigo común Daniel de Barandiarán, sobrino de don Miguel, era misionero de la Orden del Padre Foucauld y se incorporó a su civilización, a sus costumbres y a su vida hasta ser uno de ellos. Luis refiriéndose a él, a quien dedicaba un buen párrafo, dice: «aprende su idioma, estudia sus ceremonias religiosas, espera pacientemente a que le consideren un ciudadano de la tribu».

Esto lo descubrí yo tarde, cuando salió su libro *Vascos por el mundo*, pero me hizo identificarme con quien lo había escrito porque fui amigo de Daniel -él bautizó a mi hijo Paul- y supe mucho de sus penas y disgustos con otras órdenes que seguían yendo a América con la cruz y la espada.

Ultimamente pude darle a Luis una noticia: Daniel se había salido de su orden y funcionaba como antropólogo. Se hallaba en los Archivos de Sevilla trabajando como investigador por cuenta del Ministro venezolano Consalvi para recabar datos sobre el descubrimiento de América con vistas a 1992. La noticia le alegró mucho a Luis, preocupado ahora no con cosas metafísicas sino físicas. Esto ocurría hace dos años.

Parecía un hombre sin muchos sentimientos, pero era un tipo humano muy complicado, en que esos mecanismos le producían acciones exteriores diferentes a otros.

Admiraba a los de su generación, aunque no fuera muy expresivo y algunos le tomaban a veces por tímido. En un párrafo de sus escritos de 1940 dice: «Arquitectos, médicos, ingenieros, veterinarios, constructores, profesores, obreros especializados se reparten el suelo venezolano trabajando, siempre trabajando y mirando a Europa, que arde llena de odio, haciéndonos pensar si la mentalidad americana tendrá que llegar allí (a Europa) a pacificar las tribus del siglo XX».

Al final de la década del 60 él, que había arreglado sus asuntos o sus "responsabilidades" de la Guerra Civil pudo volver a España -entraba y salía por la frontera de Irún- y se dedicó tras unas conversaciones con Juan de Ajuriaguerra, quien le otorgaba su confianza, a investigar, a recoger documentos de la campaña del Norte, a entrevistar a comandantes de batallón y oficiales no sólo de ANV. Lo hizo con entera dedicación. De ahí su archivo.

Cuando coincidimos con él en Iparralde, nosotros exiliados en Biarritz, era uno de los que más nos visitaba, siempre para traernos algo: verduras y frutas «de mi huerta de Villa Gochoki». Comía con nosotros, hablaba con los niños (lamentándose siempre de algo que no tenía la culpa: no hablar euskera), recordaba Caracas.

Pero por lo que le recordaré siempre, y más en estos tiempos de enfrentamientos que no concebíamos siquiera cuando ambos soñábamos y luchábamos en la diáspora, es porque en este panorama siguió siendo un sólido puente de fraternidad y de tolerancia sin dejar de pertenecer a su ANV. Y el día en que murió, la tarde del 26 de julio de 1989, tuve la desagradable impresión de que ese puente, como ocurre en las guerras, había sido dinamitado.